



pondientes actas y publicaciones han servido para divulgar el judaísmo en España y fuera de nuestras fronteras. No sé si hacíamos muchas o pocas cosas, pero lo que sí puedo afirmar es que las hacíamos a conciencia y sin tregua y sin pausa. Hemos hecho de documentalistas, de arqueólogos, de albañiles si hacía falta; Ana María cada día se leía los partes de incidencia de los vigilantes y cada semana tenía una reunión con el Portero Mayor y el Jefe de Planta y tomaba medidas. Sabía mucho más que un servidor de ordenadores y la primera imagen de Toledo en la red la puso ella desde el Sefardí y todavía debe seguir volando por la red, cuando sólo

existía Toledo-Ohio. Estudió museología y reordenó la Biblioteca del Sefardí con una maestría de bibliotecaria y también fue pionera en digitalizar sus fondos y consultas. Destacaba en materia de documentación y en difusión, realizó numerosas experiencias didácticas y creó la primera maleta viajera por las escuelas toledanas, atendió los centros de enseñanza secundaria, asociaciones de vecinos y todo tipo de colectivos que pedían ayuda al museo. Y aun le sobraba tiempo para investigar temas de onomástica sefardí en la que era y es una verdadera experta. A mí personalmente, me enseñó muchas cosas y me dio sabios consejos. Por ejemplo, hice como

subdirector de museos, una de las cosas que ella me sugirió siempre: Lo primero visitar todos y cada uno de los museos personalmente y no hacer «ir a Madrid» a todos los directores en peregrinación a tu despacho y eso lo sigo haciendo, gracias a su consejo, al día de hoy. No es fácil escribir sobre Ana María porque la echo mucho de menos y me falta su presencia en el Sefardí. Como decía el poeta Hölderlin «Es ist Zeit zu man Zeit. Es ist Zeit... Es tiempo de que sea Tiempo, Es el Tiempo.

SANTIAGO PALOMERO PLAZA.
Subdirector General de Museos
Estatales.

El Museo hacia fuera

El Museo Sefardí y el Premio Samuel Toledano

El Museo Sefardí de Toledo abrió sus puertas el 13 de junio de 1971, en la Sinagoga del Tránsito, ocupando las antiguas salas que los caballeros de las órdenes de

Calatrava y Alcántara añadieron a la Sinagoga en el siglo XVIII para custodiar sus archivos.

El decreto fundacional se realizó en el año de 1964 y respondía, por un lado, a la necesidad de los judíos que vivían en España de tener un lugar adecuado para conservar los restos arqueológicos que se encontraban dispersos por la Península y también, y sobre todo, porque el estudio de este pasado era «conveniente» para un buen conocimiento de lo español, según se recoge en el texto oficial.

Los primeros tiempos del pequeño Museo fueron difíciles por la escasez de piezas que lo conformaban, el insuficiente presupuesto y la carencia de personal. A ello se unía una deficiente ordenación de sus fondos, distribuidos al gusto de la época, pero

sin un guión didáctico, lo que dificultaba su comprensión. Así, las laudas sepulcrales con inscripción hebrea aparecían colocadas sin ningún criterio, salvo el espacial, mezcladas con piezas del ciclo vital y festivo y ocupando el centro de las salas, lo que evidentemente dificultaba la circulación de visitantes.

A pesar de estas dificultades el Museo inició su marcha, tratando, en la medida de sus posibilidades, de introducir algunos cambios que facilitasen la comprensión de lo expuesto. Además comenzaron a realizarse actividades didácticas como la de «El Museo va al Colegio», o la primera exposición pictórica (Antonio Fuertes preparó en 1984, «Estampas judías»), cuya inauguración culminó con la colocación de una placa conmemorativa